

Bloc de notas



Un chavista con un cartel del ex presidente de Venezuela.

Aló, Comandante

Rory Carroll, reportero de «The Guardian», rastrea los orígenes y los pasos de Chávez para entender la Venezuela bolivariana



LUIS M. ALONSO

Venezuela es el producto fallido de la búsqueda infructuosa de El Dorado. Su nombre se debe a un sarcasmo de quienes la bautizaron como una pequeña Venecia por estar poblada de ciénagas y chozas, en las orillas, sostenidas por pilotes. En la década de los setenta y principios de los ochenta cuando los petrobolívaras caían del cielo y los venezolanos viajaban los fines de semana a Miami para cerciorarse de que allí todo era más barato circulaba el dicho: «Venezuela es Caracas, lo demás monte y culebra».

En 1830 el Gran Libertador de América Latina, Simón Bolívar, murió con su sueño de una Gran Colombia unida desmo-

ronándose a su alrededor. Todos los ideales ilustrados de una sociedad libre e igualitaria se perdieron en disputas internas por el poder y el dinero. «América es ingobernable; los que sirven a la revolución aran en el mar», se lamentó.

Si nos ceñimos al presente, Venezuela, la patria de Bolívar, se enfrenta a un desenlace político similar. Desde 1999, un hombre, Hugo Chávez, dominó la escena en esta esquina sudamericana. Los medios de comunicación mundiales nunca han estado seguros a qué carta quedarse con el «socialismo del siglo XXI» y su revolución bolivariana. Para algunos, el Comandante era un dictador de pacotilla, en parte un payaso, en parte un agitador geopolítico. Para otros, un soplo de aire fresco en un mundo vendido a los gobiernos centralistas y a los intereses corporativos. El es-



Comandante

RORY CARROLL
Sexto Piso, 2013
342 páginas, 23 euros

«Si Hitler era el mal, ¿cómo logró que tanta gente se plegara a sus mandatos?».

Buena pregunta la que se formula Laurence Rees en su esclarecedor libro *El oscuro carisma de Hitler*. El objetivo es peliagudo: intentar profundizar en una de las personalidades más monstruosamente enigmáticas y desconcertantes que ha dado la historia del ser humano en su versión más repulsiva y dañina.

Ahí es nada: «Un líder de lo más inverosímil: incapaz de trazar amistades humanas normales, incapaz de mantener un debate intelectual, cuajado de odio y prejuicios, despojado de la capacidad de amar y solitario. Era, sin duda alguna, lamentable como figura humana. Sin embargo, protagonizó el papel más importante en tres de las decisiones más devastadoras jamás tomadas: la de invadir Polonia, que desembocó en la II Guerra Mundial, la de invadir la Unión Soviética y la de aniquilar a los judíos».

Poseía «unos grandes poderes de

Tinta fresca

Dentro del monstruo



TINO PERTERRA



El oscuro carisma de Hitler

LAURENCE REES
Crítica

persuasión». Sin duda. Pero «el atractivo carismático de Hitler no era universal. Sólo estaba presente en el espacio que mediaba entre él y las emociones de su público. Dos personas podían conocer a Hitler en el mismo momento y

una considerarlo carismático y la otra un estúpido». Después de centenares de entrevistas con testigos oculares y artífices que llevó a cabo como cineasta histórico a lo largo de los últimos veinte años, el autor saca sus propias conclusiones, arropadas también por el análisis del tirano a través de su imagen: «Actualmente, Hitler no es en absoluto una persona carismática en pantalla. No sentí nada porque no soy una persona de su tiempo, una persona, asimismo, ya predispuesta a aceptar el carismático atractivo de Hitler».

Un matiz importante: Hitler «no era sólo un líder con carisma. También utilizó, por supuesto, la amenaza, el asesinato y el terror para salirse con la suya». Y una advertencia: «El deseo de ser liderado por una personalidad fuerte en una crisis, el anhelo de que nuestra existencia tenga algún propósito, la práctica adoración de héroes y celebridades y el deseo de salvación y redención no han cambiado en el mundo desde la muerte de Hitler en abril de 1945».

En 1913, cuando Adolf Hitler tenía 24 años, «ningún aspecto de su vida apuntaba a que fuera a convertirse en un futuro líder carismático de Alemania». Su sello distintivo, eso sí, era su capacidad para odiar. «Hitler se ayudó de una cualidad importante que rezumaba sus discursos: una seguridad absoluta en sí mismo. Jamás parecía vacilar ni remotamente entre varias opciones».

El mundo era «de un profundo blanco y negro para él. La vida era una batalla perpetua y abandonarla era impensable». Un cóctel explosivo: la habilidad para conectar con un público numeroso y «su incapacidad para interactuar de forma cotidiana con individuos».

En fin: «La condición más importante para la creación del carisma de Hitler fue su habilidad para conectar con los sentimientos, las esperanzas y los deseos de millones de compatriotas alemanes. Era en la naturaleza de esa conexión donde residía el poder de su carisma». Un poder que llevó al mundo a la devastación.

critor Teodoro Petkoff lo definió en vida probablemente mejor que nadie: «Chávez no es fascista, pero tiene elementos fascistas: el culto al líder providencial, a la tradición y a la violencia; la manipulación de la historia para sus fines políticos, el desconocimiento de la legalidad y las formas republicanas en nombre de la voz popular, su presencia permanente y opresiva en los medios, el discurso brutal y agresivo contra el adversario, propio de Carl Schmitt, el tédrico para quien la ecuación fundamental de la política consistía en amigo/enemigo. La doctrina de Chávez es para los enemigos ni pan ni agua. Su formación militar le inclina a aniquilarlos».

El periodista irlandés Rory Carroll (Dublín, 1972) estuvo entre 2006 y 2012 en el mejor lugar de los posibles bien para ofrecer un veredicto del personaje. Reportero de «The Guardian», con experiencia en los recientes conflictos del Próximo Oriente y África, ha sabido rastrear con habilidad los orígenes del desaparecido caudillo bolivariano en un relato ágil y colorista que ahora publica Sexto Piso, donde convergen el esperpento chavista, los ideales de revolución frustrados y las sucesivas decepciones de la oposición. De él emerge una imagen íntima de Chávez por encima de lo que la propaganda oficial ha permitido conocer: la pasión por el béisbol, las relaciones con Castro, su trastorno bipolar, el talento y la ofuscación, el humor y la ceguera, la corrupción en manos de la nueva clase de *bolígarcas*. Una síntesis del drama caribeño resumida por un cronista atento y observador que no ha perdido el tiempo.

El primer encuentro entre Carroll y el Comandante se produce precisamente en una de las largas comparecencias televisivas propagandísticas que Chávez utilizaba para dirigirse al país durante horas—sólo en su primera década en el poder acumuló cincuenta y tres días de cámara—. El periodista de «The Guardian» es invitado a participar en una de esas retransmisiones que tenía como asunto central el referéndum que se iba a celebrar en diciembre de 2007 para abolir los límites del mandato presidencial. A Carroll, rodeado de camisas rojas, el propio Chávez le anima a hacer una pregunta en directo y dispara para una, la primera que se le pasa por la cabeza, que en cualquier caso esperaba plantearle fuera de los focos. «¿Por qué debía tener el presidente el derecho exclusivo a la reelección indefinida mientras se le negaba a los gobernadores y los alcaldes con el argumento de que podían convertirse en caudillos regionales? ¿No existía el riesgo de que el propio presidente se convirtiera en caudillo?». Como cuenta Carroll, la atmósfera festiva y jovial del programa se iba esfumando. Tras un reproche inicial acerca del cinismo de la monárquica Europa, el Comandante ordena que la cámara se dirija a él y responde: «En nombre del pueblo latinoamericano, exijo que el Gobierno inglés devuelva las islas Malvinas al pueblo argentino. ¡Es mejor morir luchando que ser esclavo!». Carroll insiste en la pregunta y recuerda que él, en todo caso, es irlandés y republicano. Según avanza el libro, sube el tono crítico, pero siempre en un intento por entender el fenómeno que rodea a un personaje torrencial.

Leyendo *Comandante* se confirma que en una narración el verdadero teatro no está en el final de una historia—no se ha cerrado, el esperpento sigue—, sino en los giros y las vueltas que se necesitan para llegar a él. Estupendo reportaje el de Carroll.